

Los primeros vascos pobladores de la Nueva España*

(The first Basque inhabitants of New Spain)

Lascurain, Vicente

[BIBLID \[1136-6834 \(1998\) 11: 7-24\]](#)

Estos artículos del Boletín del Instituto Americano de Estudios Vascos recogen, con un título algo distinto, la comunicación de Vicente Lascurain al Congreso titulada "Los primeros vascos que llegaron a México". Se ocupa de la primera época de la colonización mexicana, y ofrece una lista detallada de vascos que en ella destacaron.

Instituto Americano de Estudios Vascos erakundearen Boletineko artikulua hauek Vicente Lascurain apaizak Kongresurako egitiko komunikazioa biltzen dute, izenburua –"Los primeros vascos que llegaron a México"– zertxobait aldaturik. Mexikoko kolonizazioaren lehen aldiaz arduratzen da, eta hartan nabarmenduriko euskaldunen zerrenda zehatza eskaintzen du.

Ces articles du Bulletin de l'Institut Américain d'Etudes Basques reprennent sous un titre très légèrement différent la communication de Vicente Lascurain au Congrès, intitulée: "Los primeros vascos que llegaron a México". Il y est question de la première époque de la colonisation du Mexique avec une liste détaillée des Basques qui s'y illustrèrent.

* BIAEV 1954, nº 17 p. 112-115; nº 18 p. 167-171; nº 19 p. 228-233.

I

La navegación y la milicia fueron los caminos por donde el pueblo vasco salió al encuentro de la gran aventura. Secularmente recluso en sus ignorados valles y boscosas montañas, el ruido de los tambores parece llevar a todos los rincones el mensaje de una empresa hacia la que entonces el vasco se había mostrado hostil, desdeñoso, puesto que su legislación reflejaba por igual un afán de permanecer en casa como una resolución de no admitir inoportunos visitantes que alteraran el ritmo de la vida con problemas ajenos. El mar, por otra parte, imponiendo día a día la lucha contra su furia haciendo presente la existencia de otra orilla desconocida, lejana, pero cierta, es una tentación perenne para abandonarlo todo y seguir la estrella que nos llama con su desconcertante parpadeo.

Los relatos que conservamos de viajeros extranjeros que durante el último tercio del siglo XV y el primero del XVI visitaron el País Vasco¹ indican bien a las claras que en los albores del descubrimiento de América, permanecía en la vertiente del Pirineo viva la hostilidad a todo lo extranjero, rudimentaria la vida de sus naturales, sin haber cuajado aún influencias externas que tropezaban con el escollo insalvable del idioma, bien que para entonces no fueran escasos los vascos en barcos y mesnadas, combatientes bajo el pendón de Castilla o del rey aragonés.

Cuando el Renacimiento es ya en toda Europa un movimiento artístico y una cultura cuya plenitud alcanza las incipencias del barroco, el País Vasco parece no haber modificado sustancialmente las primitivas condiciones que con énfasis y exageración notable, observaron y describieron los peregrinos franceses de la ruta compostelana.

Sigue la leyenda acumulando dicterios. Johannes Lange asegura que “en estas montañas está situado el país de los vascongados que son un pueblo descortés y que hablan una lengua extraña que nada tiene de común con el romano, en este país las mujeres van completamente atusadas”². Observación superficial en la que asoma el juicio irritado de quien quiere comprender y no puede por el desconocimiento del idioma. Pero sin embargo es en esta época cuando comenzamos a tener del país descripciones interesantes, que se abren tímidamente paso entre la faramalla de dicterios medievales.

“La gente de este país —dice el embajador Navaggiero— es muy alegre y completamente opuesta a la española, que nada puede hacer como no sea gravemente. Los vascos siempre están riendo, bromeando, y bailando, tanto los varones como las mujeres. Van las mozas en esta tierra, hasta que se casan, con el pelo cortado, dejando sólo para adorno algunos mechones y la misma costumbre hay en Vizcaya y Guipúzcoa. Envuélvense la cabeza con un lienzo casi a la morisca, pero no en forma de turbante, sino de capirote con la punta doblada haciendo figura que asemeja el pecho, el cuello y el pico de una grulla”.

El interior estaba todavía salpicado de caseríos distantes los unos de los otros, sin grandes poblados que solamente se habían formado en las costas. “Cabalgamos muchas jornadas —dice Teztel de Nuremberg— sin que llegáramos a ninguna ciudad ni villa, sino a ventas”. Sin embargo comenzaba ya a

despuntar una economía basada en la industria y en la navegación y los viajeros observaban con algún detenimiento las riquezas naturales:

“Vizcaya tiene exceso de madera y hierro; pero falta vino y trigo; se come pan de mijo que llaman borona y beben vino de manzana. En general estas provincias tienen exceso de madera de todas las clases para la construcción de barcos, y las gentes son sumamente peritas en el arte de la navegación y endurecidas y expertas en las molestias marítimas y mejores que los restantes navegantes. En lo que respecta a la fundición de hierro, debe haber como trescientas en estas tres provincias”.

La fama de navegantes era en el siglo XV, ya antigua. Los vascos aparecen en las expediciones de Terranova en busca de los bancos de bacalao, comercian con Inglaterra y Francia, firmando tratados internacionales, tienen tratos con las ciudades de la Liga Hanseática. Tan extendida era su habilidad marina y la memoria de los lejanos viajes, que la leyenda quiere que sea un marino vasco quien dio a Colón cabal noticia de la existencia del Continente americano. De todo ello cabe deducir que la navegación fue una de las causas, quizás la principal, no solamente de que el vasco rompiera un aislamiento secular, sino de que participara, en forma preponderante, en la empresa del Nuevo Mundo.

Otra causa esencial, fue la incorporación de los vascos a las empresas exteriores de Castilla y Aragón. No obstante la tradición y la ley de que sólo en Vizcaya y hasta el árbol Malato³ los vascos tenían obligación de empuñar las armas, la verdad es que cada vez con más frecuencia en el siglo XV y XVI los vemos en los ejércitos castellanos. En 1495 se forma la Liga Santa entre Fernando el Católico, Alejandro VI el papa español, el rey de Nápoles, biznieto de Alfonso V de Aragón, Alemania, el duque de Milán y el Señorío de Venecia, dando comienzo las cruentas luchas de Italia que se prolongan durante más de un decenio: a ella acuden numerosos naturales de las provincias vascongadas. Más tarde, cuando en julio de 1512, Fernando el Católico invade el reino de Navarra, acuden de todo el país vasco soldados y capitanes —entre ellos quien más tarde sería San Ignacio de Loyola—. Estas dos empresas tienen una importancia fundamental. El soldado del siglo XVI no era, en la mayoría de los casos, un movilizado que, terminada la penosa obligación, volvía a sus menesteres habituales, sino un combatiente profesional, que acabada una aventura buscaba otra en la que se requiriese el esfuerzo de su brazo. Por eso muchísimos conquistadores habían estado en Italia al mando del Gran Capitán y no pocos de los que figuran en la conquista del reino de Navarra, vinieron al asalto de Tenochtitlan. La soldadesca era entonces una marejada multicolor, cuyos movimientos arrastraban a sus componentes de una u otra costa, sin darles punto de reposo hasta que una estocada o un arcabuzazo los fijaba en la tierra, lejos de los verdes valles en que vieron la luz primera.

II

En todas las acciones militares, la figura del jefe oscurece necesariamente la de sus colaboradores inmediatos, subalternos. Aquél no solamente representa una serie de méritos y cualidades personales, sino que se convierte en el símbolo de las virtudes y esfuerzos de cuantos le rodean. El

1. *Viajeros extranjeros en Vasconia*, por Eneko de Mitxelena. Editorial Ekin. Buenos Aires, 1945.

2. *Ibidem*.

3. Fueros de Vizcaya, Ley V, título II.

éxito o la derrota a él se atribuyen: sus soldados, al obedecerle, entregan su voluntad y por ende renuncian a la gloria que solamente se discierne a las voluntades que actúan. En todos los momentos de la Historia ha sido así, y ciertamente la conquista de la Nueva España no representa una excepción. Hernán Cortés y a lo sumo, media docena de sus colaboradores, ven sus nombres coronados por la fama.

Sin embargo, la conquista de América es al mismo tiempo una obra de colonización: no puede decirse dónde acaba la primera y empieza la segunda. Todo conquistador es colonizador, porque como hombre de civilización más desarrollada aporta en su conducta y modo de vivir, en sus mismas necesidades, de una manera inconsciente, elementos colonizadores. En un aspecto un poco simplista, si se quiere, podemos decir que el primer colonizador de la Nueva España es el soldado que desembarca el primer caballo, llamado totalmente a modificar el sistema de comunicaciones, combate y explotación de la riqueza natural en el país descubierto. Es un acto de colonización sin un fin premeditado, pero que comprueba la yuxtaposición del conquistador y el colonizador.

Ahora bien: una obra de colonización, es su aspecto genérico, puede ser atribuida a un pueblo, pero en sus fases es una obra individual que se debe a la iniciativa personal. Un caudillo militar puede encarnar las virtudes bélicas de la tropa que manda, pero no los conocimientos e inclinaciones de todos sus soldados. Por eso resulta interesante el conocimiento de cada uno de ellos, y más en el caso de México, pues como dice Portillo:

“Los aventureros que siguieron a Hernán Cortés diferían de todos los que antes y después se habían lanzado a la intensa vida del conquistador. No eran mercenarios, eran socios de la empresa a la cual aportaban no sólo sus personas y armas, sino elementos en estas expediciones tan necesarios como los caballos. El gobierno español, lejos de favorecer o alentar estas expediciones, las gravaba con pesadísimo tributo del quinto real⁴ que en ninguna forma se justificaba. La conciencia de su papel de socio daba al conquistador-soldado una altivez que en ocasiones lesionaba la disciplina”⁵.

Al lado de las estrellas que brillan como de primera magnitud, existe el esfuerzo anónimo de hombres ejemplares cuyos nombres quedaron envueltos en el polvo de rugosos pergaminos y amarillentos papeles: El tiempo ha desvanecido la importancia de las batallas de Cortés; pero las pepitas de naranja que Bernal Díaz del Castillo, según él mismo cuenta, sembrara un día en la costa mexicana, continúan dando su fruto como testimonio de la preocupación del hombre por enriquecer la tierra que le sustenta. De algunos de estos oscuros colonizadores-conquistadores, conservamos sus nombres y el relato de hechos episódicos; de otros, apenas sus nombres. Tristes vestigios de unas vidas, que lanzadas desde un ignorado valle al torbellino de la aventura americana, dejaron una sutil estela de su paso por la historia, apenas perceptibles para el historiador.

Estos nombres figuran en relaciones especiales, por desgracia poco completas y escasas. Las fuentes en que las hemos buscado son consideradas como clásicas al respec-

to⁶, más algunos documentos que hemos tenido ocasión de examinar y que iremos mencionando en el transcurso de esta relación.

Antes de que Cortés llegara a tierras mexicanas, hubo, como es sabido, varios intentos de variable fortuna, organizados por navegantes cuyos fracasos fueron posteriormente, sin duda, valiosa orientación para el conquistador extremeño. Entre las que pudiéramos denominar expediciones precursoras, figura la de Grijalba, quien salió de San Antonio el primero de mayo de 1518, llevando como piloto a Antonio de Alaminos. La curiosa relación de este viaje nos ha sido conservada⁷, y por ello podemos saber que, habiéndose efectuado un desembarco “el día catorce de mayo en las costas de Champotón, se trabó una sangrienta batalla con los indios, en la que murió, peleando como bueno, Juan de Getaria”, que es el primer vasco cuyo nombre queda de algún modo relacionado con la Historia de México.

Fue precisamente después de la vuelta de Grijalbo, cuando el Gobernador Diego Velázquez ordenó la formación de una armada que viniera a la conquista de tierras mayas y aztecas, armada cuyo mando se dio a Cortés. El ejército expedicionario estaba formado por seiscientos hombres, y llegó a las costas mexicanas el jueves santo de 1519. Sus soldados son los primeros conquistadores por derecho propio, valga la expresión, pero tomando como punto final de la campaña la caída del Imperio azteca, que requirió bastante tiempo, a los compañeros de Cortés hay que sumar en el grupo de primeros conquistadores y pobladores europeos de la Nueva España, los que llegaron antes de la destrucción de la gran Tenochtitlán. Orozco y Berra, los enumeran así:

1) Estando Cortés en la recién fundada ciudad de Veracruz, llegó un navío con Francisco de Saucedo y once soldados. 2) Pocos días más tarde, apareció un buque de la armada de Garay, que iba a toma posesión de tierra firme en nombre del Gobierno de Jamaica, apresando Cortés a todos los que con tal fin llegaban. 3) En abril de 1520 llegó la escuadra que envió Diego Velázquez al mando de Pánfilo Narváez, a fin de someter a su autoridad al capitán extremeño. La componían mil cuatrocientos hombres y como se sabe, todo se unieron a Cortés. 4) Un buque enviado por Diego Velázquez desde Cuba para tener noticia de la escuadra de Pánfilo de Narváez, al mando de Pedro Barba, fue apresado con catorce hombres. 5) Otro buque idéntico, al mando de Rodrigo Morejón de Lobera, con ocho soldados. 6) Dos buques perdidos de la armada de Garay, al mando respectivamente de Camargo y el aragonés Manuel Díaz de Auch con ciento diez hombres. 7) La nave de Ramírez, el viejo, con cuarenta soldados. 8) Dos barcos que llegaron de Castilla al mando de Francisco Medel (con trece soldados) y Julián de Alderete, con quien vino Orduña, el viejo.

Todas estas fuerzas hacen un total aproximado de dos mil hombres. Entre ellos hay un buen número de vascos. Posiblemente la cifra total de originarios de las provincias vascas en la conquista de México era mayor que la conocida, debido a que los hombres que no han llegado los historiadores se refieren casi siempre a soldados, ignorando los marinos que en su mayoría eran vascos. (Bernal Díaz del Castillo dice: “E pasaron otros muy buenos soldados que solí-

4. La práctica del “quinto real” según Américo Castro en su interesantísimo libro *España en su historia*, se deriva de un precepto coránico y es una de las abundantes muestras de la influencia árabe en la vida española.

5. *Historia de México*, de Lucas Alamán.

6. Las principales son las obras de Bernal Díaz del Castillo *Conquista de la Nueva España*, Icaza, *Diccionario autobiográfico de los primeros pobladores*, y las colecciones de documentos inéditos del siglo XVI publicados por P. Cuevas.

7. *El conquistador anónimo*.

an estar en Cuba, hombres de mar, como fueron pilotos, maestros e contra maestros, de los navíos que dimos al través e muchos de ellos fueron animosos soldados en las guerras e batallas e por no acordarme de todos no pongo aquí sus nombres”). Es posible, asimismo, que algunos pocos, de los que en la relación pongo, no nacieran en el país vasco, siendo la confusión originada por la especial morfología de su nombre. Por último, de los dos mil conquistadores, solamente conocemos datos personales de unos seiscientos, lo que da una proporción muy digna de ser tenida en cuenta en lo que a los vascos se refiere.

III

He aquí algunos nombres de los que se dejaron guiar por lo que Campiñón llamó la tormentosa movilidad de las olas cantábricas, los que no fueron indiferentes al llamado de la aventura y llegaron, con las huestes de Cortés a México.

GUETARIA, Juan de. Murió peleando con los indios en Champotón durante la expedición de Grijalva, como queda dicho. El historiador afirma⁸ que era “caballero principal y murió peleando como bueno”.

MARTÍN, Ramos. En la anterior expedición del capitán Hernández de Córdoba, vino un Martín Ramos, vizcaíno, a quien más tarde encontramos en las tropas de Cortés. Era copiloto de Antonio de Alaminos y fue consultado por Cortés sobre la existencia de españoles en Yucatán.

AGUIRRE, Juan de. Vecino de la Isla de Cuba, quiso venir con el conquistador extremeño, pero no le dejaron, según su propio testimonio, por ser muy necesario allí, donde ocupaba un puesto de confianza del gobernador Diego Velázquez. Pasó más tarde, seguramente con la expedición de Pánfilo Narváez. Participó en la toma de Tenochtitlán, así como en la desgraciada expedición de las Hibueras. Casó con Beatriz de Chávez y tenía algunas encomiendas de indios en las inmediaciones de Coatzacoalcos, donde más tarde fijó su residencia.

ARGUENA. Venía en la expedición de Hernán Cortés, como artillero. Había estado, como muchos de sus compañeros, en las guerras de Italia y Bernal Díaz del Castillo se refiere a él como díscolo y levantisco.

ARGUETA, Hernando de. Vino con la expedición de Pánfilo de Narváez y murió en los primeros combates contra los indios.

AMAYA. Residió desde 1517 en la Isla Española; era pariente y muy favorecido del Gobernador Diego Velázquez. Vino a México con la expedición de Hernán Cortés y después de los combates de la Conquista se dedicó a agricultor en el fértil valle de Oaxaca. Murió de “su muerte”. Hay otro Amaya que vino con Pánfilo de Narváez pero debe ser el mismo enviado por éste cuando llegó a Veracruz a intimar la rendición de Cristóbal de Sandoval a quien Cortés había dejado como su lugarteniente. Es lógico pensar que siendo pariente de Velázquez se uniera a la expedición de Narváez.

ARIZABALO, Anton de. Vino en la expedición de Cortés.

ARRIAGA, Anton de. Salió de España “rumbo a las Indias” en 1509 y llegó a México con las tropas de Cortés.

Participó en las batallas de la conquista de Tenochtitlán y más tarde en las expediciones de Pánuco, Michoacán y Zacatecas. Su nombre aparece con frecuencia en las Actas de Cabildo de la ciudad de México⁹ indicando que se trataba de persona de alguna importancia. El primero de enero de 1526 fue nombrado Procurador de la Ciudad y luego destituido y preso durante las rivalidades suscitadas entre el oidor Chirino y el Factor Salazar y los amigos de Cortés, cuando éste marchó a la expedición de la Hibueras. Arriaga tomó partido contra Cortés y más tarde, en el juicio de residencia del Marqués del Valle, le hizo serias acusaciones. Estaba casado con Ana Quintera y tuvo dos hijas que casaron con Juan Antonio de Brambila y Francisco Muñoz, fundadores de familias principales. Tenía en encomienda unos indios cerca de donde se eleva, en la actualidad, la Basílica de Nuestra Señora de Guadalupe.

ARRIAGA, Juan de. No era pariente del anterior. Hijo de Diego de Arriaga y María de Lizano, originario de Guipúzcoa. Pasó a Nueva España con la expedición de Hernán Cortés y después de la pacificación del Imperio azteca casó con mujer española de la que tuvo cuatro hijos, fundando encomienda en el pueblo de Guaxnapa.

ARRIAGA, Miguel. Pocos datos tenemos de él. Parece que vino con Pánfilo de Narváez y caso con la viuda del conquistador Juan Romero. (Habiendo pocas mujeres españolas en los primeros tiempos de la colonia, apenas viudas casaban con otros conquistadores).

ARTEAGA, Domingo de. Natural de Villafranca, hijo de Juan de Arteaga y María de Ayesta. Vino con Salcedo en 1519. Estuvo en la conquista de México y años más tarde con Nuño de Guzmán en la guerra contra los indios de Jalisco, estableciéndose, después de la pacificación de Nueva Galicia, en Guadalajara, de cuya ciudad fue uno de los primeros vecinos.

ARTEAGA, Juan PÉREZ DE. Natural de Medina del Campo en Castilla, era hijo de un capitán vizcaíno Arturo Pérez de Arteaga y de María Beatriz, natural de Plasencia. Vino muy pronto a América, quizás en una de las primeras expediciones de Cristóbal Colón; figuró en la conquista de Isla Española, y pasó a México con Hernán Cortés. Tomó parte en la conquista de Tenochtitlán y en la expedición de la Hibueras. Llegó a dominar bien la lengua mexicana, pues siempre andaba con doña Marina, por lo que prestó señalados servicios como intérprete: los indios le llamaban *malinche*. Casó con una hija del conquistador Francisco de Santa Cruz, con la que tuvo siete hijos. Fue uno de los fundadores de la Ciudad de Puebla de los Angeles, donde vivía con fama de personaje rico. Una de sus hijas casó con Diego Ramón, conquistador de Jalisco.

AZPEITIA, Juan de. Natural de la Villa de Azpeitia, hijo de Juan de Berrazueta (o Berrasoeta) y de Marina de Ricarte. Vino a Indias en 1516, y a la Nueva España en el navío de Medel con ocasión de que Cortés se encontraba en la ciudad de México. Tomó parte en la conquista de Tenochtitlán, y después fue a expedicionar al Pánuco, donde fijó su residencia, dedicándose a la agricultura.

AZPEITIA, Juan DIAZ DE. Posiblemente se trata del mismo Azpeitia de que se habla más arriba, aunque Orozco y Berra¹⁰ dice que vino con la expedición de Pánfilo de Narváez.

8. Bernal Díaz del Castillo.

9. Actas del Cabildo de la Ciudad de México, 1910.
10. *Los conquistadores españoles*. México, 1938.

AZNAR, Antonio de. Únicamente sabemos que vino en la expedición de Pánfilo de Narváez y que fue vecino de la ciudad de México.

ARBOLANCHA. Era natural de Bilbao. Bernal Díaz del Castillo refiere en la única referencia que de éste tenemos, que “era un buen soldado y murió peleando contra los indios en Texcoco”.

ARMENTIA. Este es un personaje misterioso, o aparece misteriosamente en las crónicas. Le llamaban el vizcaíno, y era capitán en la compañía de Gil González de Avila. Acompañó a Cortés en la expedición de las Hibueras y en el transcurso de ella fue ahorcado, víctima de las ambiciones y violencias desatadas entre los soldados.

BERRIO, Juan de. Estaba casado con una cuñada de Cortés y fue recibido vecino de la ciudad de México por el Cabildo el 15 de enero de 1529. Posiblemente llegó después de la conquista.

BERRIO, Francisco de. Vino con Narváez.

BERRIO, Pedro de. Vino con Cortés.

ÇUBIETA (O ZUBIETA), Sebastián de. Vino con Cortés. Era natural de San Sebastián y sobrevivió a las fatigas de la conquista, pues su firma figura en la carta que los primeros conquistadores enviaron al Emperador a favor de Cortés, documento excepcional para conocer los nombres de muchos de aquellos¹¹.

CARRANZA, Pedro de. Hijo de Pedro de Carranza y de Juan de la Hera. Salió de España en 1510. Vino a México con Hernán Cortés, del que fue mayordomo. Tuvo encomienda de indios en Tepeyac y en 1527 fue nombrado regidor de la recién fundada ciudad de México. Dejó tres hijos y una hija: ésta última casó con Alvaro Bracamonte, dando lugar a una principalísima familia de México.

EIBAR, Andrés de. Vino con Hernán Cortés y desapareció durante la expedición que inició en busca de oro. Eibar, como otros conquistadores, tuvo conocimiento de los sitios de donde Montezuma recibía oro, cosa que estaba fielmente registrada en los libros de la hacienda del Emperador azteca, y movido por la codicia quiso llegar a los lugares mencionados, pero ignorante del terreno y de los naturales del país, fue probablemente víctima de éstos.

ELGUETA, Hernando de. Vino con Narváez.

ESPINOSA. Bernal Díaz del Castillo nos da los dos únicos datos que tenemos: que era vizcaíno y que murió peleando, a manos de los indios, los primeros meses de la conquista.

GAMBOA, Cristóbal MARÍN DE. Vino con Cortés de quien fue caballero. Era persona muy importante y fundó notable familia¹².

GARNICA, Gaspar de. Estuvo en la expedición de Grijalva a las costas de Yucatán que como hemos dicho fue precursor de la que más tarde organizó Diego Velázquez. Era criado de éste y hombre de su confianza. Fue encargado por él de disuadir a Cortés cuando éste se disponía a zarpar. No logró sus propósitos, más tarde vino a Nueva España con Pánfilo de Narváez y se sumó a las fuerzas conquistadoras.

Estuvo en la fundación de Tepeaca, en la conquista de Pánuco. Al morir dejó cuatro hijos, y su viuda casó con Julián de Salazar. (Orozco y Berra dice que pasó con Cortés: pero los datos que proporciona Bernal Díaz del Castillo son irrefutables).

GUIPUZCOANO, Rodrigo. Era hijo de Ursulo Guipuzcoano (o Lepuzcano) y de Catalina González, ambos de San Sebastián. Nació en Medina del Campo. Pasó a la Nueva España con Cortés, estuvo en la conquista de Tenochtitlán y más tarde en Coatzacoalcos. Era soldado de profesión y había tomado parte en las guerras de Italia. Tenía en encomienda el pueblo de Pilpa, y vivía en Colina de cuya ciudad fue uno de los fundadores.

GUINEA, Diego de. Hijo de Pedro Sans de Guinea y de Mari Sanz de Guarreterra, natural de Lezama, Vizcaya. Procedía de la desdichada armada de Garay. Estuvo en las Hibueras como dispensero de Hernán Cortés y más tarde con el temido Nuño de Guzmán en Jalisco. Fue uno de los primeros fundadores de Antequera (hoy Oaxaca de Juárez).

GUEVARA. Vino con Narváez Clérigo de buena expresión, fue enviado para intimar la rendición de Cortés desde Veracruz, con sus paisanos Vergara y Amaya. Pero los tres prefirieron quedarse con las tropas del extremeño, como más tarde lo hicieron todos los que vinieron con Pánfilo de Narváez.

GUECHO, Juan BONO DE. Vizcaíno, vino con Narváez. Marchó a Cuba después de la Noche Triste, cuando los ejércitos de Cortés tuvieron que huir de Tenochtitlán ante la acometida de los aztecas. Volvió a México desde Santo Domingo en 1522 para regresar a España poco después. Era acérrimo enemigo de Cortés, a quien acusó de quedarse con el quinto real: pero fue precisamente el conquistador extremeño quien lo ayudó a volver a Castilla. Se trataba al parecer de persona influyente, amigo del Obispo de Burgos, uno de los miembros del Consejo de Castilla.

HEREDIA EL VIEJO. Vizcaíno. Amigo y paniaguado de Velázquez, vino con Cortés. De él dice Díaz del Castillo que “tenía mala catadura en la cara y la barba grande y la cara medio acuchillada e un ojo tuerto e cojo de una pierna e era escopetero”. Había sido soldado en las guerras de Italia de las que tenía tan visibles recuerdos, fue enviado por Cortés junto con Pizarro (pariente del conquistador del Perú) a buscar minas en la región de Tuxtepec y él se quedó explorando aquellos lugares, sin querer volver a la capital azteca. Andando el tiempo las minas descubiertas fueron propiedad de Cromberger, tío del introductor de la imprenta en México.

FUENTERRABIA, Joanes. Era vecino de la villa de Trinidad. Vino con Hernán Cortés.

IRCIO, Martín de. Originario de las Encartaciones. Sus padres fueron Pedro San de Ircio y María Jiménez de Ribafrecha. Pasó con Narváez y figuró en casi todos los hechos de armas de la conquista. Se dedicó a la minería, al parecer con buen éxito, puesto que el virrey Mendoza, mandó venir de España a su hermana María para casarla con él. Hubo ciertas dificultades, pero más tarde se celebró la boda¹³ a la que se mostraba reacio el Virrey, porque supo que su futuro cuñado era menos rico de lo que en principio se imaginó. Los hijos de este matrimonio emparentaron posteriormente con los Velasco, Ibarra y Legazpi, figurando entre las familias

11. Esta carta fue publicada por P. Cuevas en la colección de documentos inéditos.

12. *Tres conquistadores*, por Francisco Fernández del Castillo. México, 1827.

13. Documentos inéditos publicados por Joaquín García Icazbalceta.

más prominente de la Colonia. (Su hija María casó con don Luis de Velazco, primer marqués de Salinas del Río y Octavo Virrey de Nueva España; Leonor casó con don Carlos de Luna y Arellano, gobernador de Yucatán, Mariscal de Castilla). Martín de Ircio estuvo en todas las empresas de la conquista, incluso en expediciones de Pánuco, Colima y Chiapas. Tenía en encomienda varios pueblos en el sudeste y como queda dicho, fue importante personaje en los primeros años de la colonia.

IRCIO, Pedro de. Pasó con Cortés. Había sido criado en la Casa de los Condes de Ureña y según Bernal Díaz del Castillo era ligero de lengua y despierto de ingenio, “que de haber topado con la Inquisición lo hubiera pasado mal”. El historiador tenía motivos personales para no quererle bien y le describe en términos poco favorables: “Era ardid de corazón y hablaba mucho que haría y acontecería por su persona y no era para nada y llamámosle que era otro Agrajes sin obras en el hablar. Fue capitán en el real de Sandoval y sin hacer cosas de contar murió en México”. Cortés le dispensó su confianza nombrándole primer alcalde de Tepeca en 1520. Estaba casado con Leonor, hija de Cervantes Leonel, comendador de Santiago y famoso conquistador. Tuvo varias hijas, una de las cuales casó con Ruiz López de Villalobos.

VIZCAÍNO, Juan de. Hijo de Juan Vizcaíno y de Elvira Sánchez. Llegó con la expedición de Pánfilo de Narváez.

LOA, Guillen de la. Natural de Bilbao. Era escribano y fue enviado por Alonso Álvarez de Pinea, capitán de Garay, gobernador de Jamaica, a tomar posesión de las tierras cercanas a Veracruz donde ya había desembarcado Hernán Cortés, siendo hecho prisionero por las fuerzas de éste. Casó con doña Isabel de Alvarado, de la que tuvo tres hijos. Una hija casó con el célebre navegante López de Villalobos. Su mujer, al enviudar, casó con Pedro de Medinilla, quien quiso apropiarse de la encomienda de Cuayacotla que pertenecía a los hijos del primer matrimonio, dando lugar a un ruidoso proceso en los tiempos del Virrey Velasco¹⁴. Guillén de la Loa murió de un cañazo que recibió en juego de lanzas celebrado en la Plaza Mayor de México.

LEZAMA, Hernando de. Vino con Cortés y fue nombrado por éste, capitán en el sitio de Tenochtitlán. Parece que murió antes de que se lograra la pacificación de los aztecas, pues en caso contrario es lógico pensar que hubiera más noticias de su persona.

LEZCANO, Juan de. Guipuzcoano, vino con Narváez.

LIZAMA, Juan de. Vino de España a la Isla de Cuba en 1518 y pasó a México con Hernán Cortés. Estaba casado con Catalina de Garay, con la que tuvo cuatro hijos.

MONJARRAZ, Martín RUIZ DE. Natural de Durango, hijo de Martín de Zamalloa y de doña María de Mojarraz. Vino con Medel. Dice de él Bernal Díaz:

“Y también vino un vizcaíno que se decía Monjarraz, soldado que estaba con nosotros y padre de una mujer que después vino a México que se decía la Monjaranza, hermosa mujer: Y traigo aquí esto a la memoria por lo que más adelante diré y es que jamás fue el Monjarraz a guerra alguna ni entrada con nosotros, porque estaba doliente de aquel tiempo y ya que estaba muy bueno y sano y presumía de muy valiente cuando teníamos puesto cerco a México, dijo Monjarraz que quería ir a ver como batallábamos con los mexicanos porque no tenía a los mexicanos por valientes y fue y se subió a un alto como torrecilla y

jamás supimos cómo ni de qué manera le mataron los indios en aquel mismo día. Y muchas personas dijeron que le habían conocido en Santo Domingo que fue permisión divina que muriera de aquella muerte, porque había muerto a una mujer muy honrada y hermosa sin culpa y que buscó testigos falsos que juraron que le hacía maleficio”.

Su bella hija casó con Manuel Cáceres.

MONJARRAZ, Gregorio de. Sobrino del anterior. Vino con Cortés.

MONJARRAZ, Andrés de. Hermano del anterior. Fue nombrado capitán y encargado por Cortés de la vigilancia de Moctezuma cuando el Emperador azteca fue considerado como prisionero de los conquistadores. Murió de enfermedad.

MONTANO, Juan de. Hijo de Juan Montano y Todilla de Montano, natural de Portugalete, en la provincia de Vizcaya. Pasó con Cortés y fue alférez de Pedro de Alvarado en el sitio de México. Estuvo en la expedición que recorrió por primera vez las costas de California y más tarde con Ulloa, en los descubrimientos del Pacífico. Posiblemente vino como marino.

MOTRICO, Diego de. Vino con la armada de Cortés, como marino y se estableció más tarde como minero en Sultepec.

MOTRICO, Francisco de. De la armada de Garay.

MOTRICO, Alonso de. Pasó con Cortés.

MARTÍN, Francisco. Vizcaíno. Vino con Narváez y estuvo en la conquista de Chiapas.

OCHOA DE LEXALDE, Juan de. Natural de Salinas de Léniz en la provincia de Guipúzcoa, hijo de Martín de Lexalde y María Balategui. En el año de 1508 pasó a la Isla Española y en ésta y en la de Cuba estuvo sirviendo a su Majestad. Fue nombrado por Cortés primer alguacil de la ciudad de Veracruz. Estaba casado con Catalina Hernández con la que tuvo siete hijos, uno de los cuales, Baltasar fue regidor de la Ciudad de Puebla de los Angeles. Ochoa fue recibido como vecino de la ciudad de México por el Cabildo el 15 de Marzo de 1524 y se le dio un solar en la calle de Tabuca. Más tarde fue nombrado fiel (inspector de pesas y medidas) en la capital. Tenía varias encomiendas en distintos pueblos del Valle. Ya viejo, pasó a vivir a Oxaca.

ORDAZ, Diego de. Aunque nacido en Castroverde de Campos, provincia de León, era originario de las Encartaciones. Fue el primero en subir al Popocatepetl, para obtener de la lava del volcán el azufre necesario para fabricar pólvora. Por tan singular hazaña obtuvo el hábito de Santiago, y un cuartel de armas con la imagen del volcán. Ocupó altos cargos en la colonia y tuvo trágica muerte fuera de la Nueva España.

ORDUÑA, Diego de. Natural de la Villa de Orduña, hijo de Juan Sanz de Tartanga y de María Sanz de Angulo. Vino con Salcedo. Estuvo en la conquista y pacificación de México, Michoacán y Pánuco. Tuvo varios cargos públicos.

ORDUÑA, Francisco de (llamado “el viejo”). Era originario de Vizcaya, aunque en algunas relaciones aparece como nacido en Tordesillas. Hijo de Juan de Barrios y de Inés de Velasco, vino con el navío de Aldrete y tomó parte en la conquista de México donde fue personaje afamado. Fue nombrado regidor de la Villa de Hernán Cortés. En 1523 fue enviado por éste a arreglar con Garay las diferencias surgidas por la gobernación de los territorios de Pánuco; en 1524, fue nom-

14. *Documentos*. García Icazbalceta.

brado Secretario del Cabildo de la ciudad de México, fue a España en 1525 y trajo a su mujer doña Inés de Ledesma y a sus siete hijos. Volvió en 1527 y al año siguiente Alonso Estrada lo nombró regidor de la Ciudad. En 1530 contribuyó notablemente a la pacificación de Guatemala, y al siguiente tomó residencia a Jorge de Alvarado como visitador. En 1532 formó parte de la junta convocada por la Segunda Audiencia para mejorar la situación de los indios, y en 1534 fue nombrado alcalde ordinario de la ciudad de México. Cinco de sus hijas casaron con conquistadores (entre estos Francisco de Santa Cruz, Jerónimo Ruiz de la Mota y Solís “traslapuerta”), y de ellas tuvo cuarenta y un nietos “e muerta su primera mujer se tornó a casar en la ciudad de Puebla y de ésta tuvo cuatro hijos, dos varones”. Esta numerosa prole casó con gente principal dando lugar a familias muy linajudas en el país. Orduña era hombre de vida crapulosa, “ha sido y es hombre que se embriaga e toma vino e con ello ha salido de su seno natural y es hombre que continuamente ha estado a quien venza”¹⁵. Según Bernal era muy rico, aunque avaricioso, como lo demuestra el gran número de solares que se adjudicó, siendo Secretario del Cabildo, y la disputa que con Fray Juan de Zumárraga tuvo, por no querer ceder un solar de su propiedad para edificar el Hospital que planeaba el primer obispo de México¹⁶.

OROZCO, Francisco de. Pasó con Cortés, como capitán de Artillería. Fue regidor de la villa de Tepeaca, cuando esta se fundó. Después de la toma de México fue enviado por el propio Cortés a poblar la provincia de Oaxaca. Había sido soldado en Italia.

OCHOA DE VERAZU. Pasó con Narváez.

ORDUÑA, Alonso de. De la armada de Garay.

OROZCO MELGAR, Juan de. Pasó con Narváez.

OLARTE, Diego de. Vino con Cortés y se hizo fraile siendo muy grande su contribución a la conversión de los indios¹⁷.

OCHOA DE ASUA. No hay más noticias de él, que su firma en un documento de la época.

OCHOA, Juan de. De la armada de Garay.

OCHOA, Gonzalo. Paje de Cortés. Hombre rico, al terminar la conquista tuvo al cuidado los muchos bienes que Cortés poseía como Marqués del Valle. Fue de los primeros pobladores de Antequera (hoy Oaxaca).

SAN JUAN, Martín de. Natural de Iruniranzu en la provincia de Guipúzcoa. Hijo de Juan de la Cruz y de Juana Samper. Soldado de profesión, estuvo en las expediciones de África del Norte y fue alabardero de Fernando el Católico. Pertenecía a las huestes de Garay como maestro de navío, y se pasó a las filas de Cortés.

SOPUERTA, Andrés del ARNES DE. Vino con Cortés.

SOPUERTA, Diego de. Vino con Cortés. Recibido vecino de la ciudad de México el seis de mayo de 1524.

SUSMIAGA, Juan de. Pasó con la armada de Pánfilo de Narváez. Fue recibido vecino de México el 4 de mayo de 1526.

15. *Historia de México*, de Lucas Alamán.

16. *Biografía de Fray Juan de Zumárraga*. Vol. V de las obras completas de Joaquín García Icazbalceta.

17. Bernal Díaz del Castillo, op. cit.

SÁNCHEZ, Antonio de. Vizcaíno. Vino con Salcedo.

SANTIAGO. Vino con Narváez. Según Bernal Díaz era marino en uno de sus buques. Vizcaíno, se ignora el apellido.

SAN SEBASTIÁN, Juan de. Pasó con Hernán Cortés.

TORRATE O TORRAETA, Anton de. Vino con Narváez.

URBIETA, Pedro de. Pasó con Cortés.

URRIOLA, Gonzalo de. Pasó con Narváez.

UGARTE DE LA CRUZ, Juan de. Vino en las primeras expediciones aunque no hay datos para señalar en cual de ellas. Era natural de Llodio, en la provincia de Vizcaya, hijo de Martín de Ugarte y de Elvira Ortíz Durandero, vecinos de Orduña. A los cinco años de residir en la Nueva España contrajo matrimonio con la hija del famoso conquistador Pedro Hernández Cornado, y luego se radicó en la ciudad de México, dedicándose al comercio.

VIANA, Juan RUIZ DE. Navarro, vino con Cortés.

VIZCAÍNO, Pedro. Natural de Bilbao, vino con Cortés.

VERGARA, Alonso de. Pasó con Narváez y fue uno de los enviados para intimar la rendición de Veracruz. En 1521 era escribano del Consejo en este primer Cabildo de tierra firme.

VERGARA, Juan de. Pasó con Narváez.

VERGARA, Pedro de. De profesión sillero. Se ignora con quién pasó, aunque desde luego vino en las primeras expediciones. Aparece como vecino de la ciudad de México en enero de 1526.

VERAGRA, Martín de. Pasó con Narváez.

VERAZA, Juan de. Pasó con Cortés. Fue señor de Piaxtla y recibido vecino de la ciudad de México el 22 de agosto de 1525. En 1539 vivía en Panamá, como apoderado de Cortés. Casó con una hija del conquistador de Olmos¹⁸.

ZAMUDIO, Juan de. Pasó con Narváez. Tenía en encomienda el pueblo de Mixmaloyan. Se marchó a Castilla porque acuchilló a un hombre en la ciudad de México. En España formó una compañía de soldados de la que era capitán, y murió en Italia en la acción de Castelnuovo.

ZUBIA, Juan de. Natural de Oñate, hijo de Gonzalo de Guevara y María de Zubia. Vino a la Nueva España en la expedición de Pánfilo de Narváez, estuvo en la conquista de la ciudad de México, en las expediciones que se organizaron a Pánuco y las Hibueras, así como en la pacificación de la Nueva Galicia con Nuño de Guzmán¹⁹.

IV

Faltan en la anterior relación —como ya hemos dicho—, detalles sobre los marinos que venían en las naves de Hernán Cortés y hay que presumir que fueran en su mayoría vascos, como parece afirmarlo el hecho de que cuando el capitán extremeño, ya marqués del Valle, intentó llevar a cabo la conquista y colonización de Baja California, se hizo acompañar casi exclusivamente por marinos euzkeldunes. En esta expedición figura Ortuño Jiménez, vizcaíno y gran cosmógrafo que terminó alzándose con el navío, emprendiendo la aventura de

18. Icaza, op. cita.

19. Bernal Díaz del Castillo, op. cit.

los descubrimientos de los mares del Sur, yendo a dar a la Isla de Santa Cruz donde pereció a manos de los indios. Tuvo mejor suerte Ortuño de Lango, natural de Portugaleta, náufrago de la desastrosa expedición de Loayssa, más tarde piloto de la armada colonizadora de Cortés que saliendo de Zihuatanejo, al mando de Alvaro de Saavedra acabó de mala manera en las islas Molucas.

Las biografías de nuestros héroes, de estos primeros vascos que llegaron a la Nueva España, no son ciertamente abundantes en datos. Los que hemos podido ofrecer no tienen tampoco categoría de hechos transcendentales. Permiten en algunos casos, reconstruir la vida agitada y tormentosa de muy pocos, pero el conjunto representa una notable aportación a lo que debió ser la vida de los españoles en México durante los años de conquista. A través de estos datos pueden reconstruirse de una manera dramática los combates de las huestes de Hernán Cortés y cosa más importante, los diversos factores sociales que integraban su pequeño ejército.

Al lado de hombres de noble linaje, emparentados con las casas más importantes de Castilla, están los hijosdalgos vizcaínos que no tenían más nobleza que la de su solar, los marinos, los antiguos soldados de las guerras de Italia para quienes la conquista era continuación de pretéritas batallas, los incipientes mineros que quizás fueron los primeros en aplicar en los territorios descubiertos las prácticas de las ferrietas vizcaínas y guipuzcoanas, todos y cada uno de ellos poseídos de un afán de aventura en el que el móvil principal era la obtención de las riquezas y que en la práctica de los recursos para lograrlas sedimentaban los principios de la colonización.

Cualquiera que sea su conducta, su procedencia de clase, su profesión, se convierte por la fuerza de las circunstancias en soldados; desde el momento en que ponen pié en suelo mexicano es un constante batallar con los indios indómitos, tenaces desde la marcha de Veracruz a Tenochtitlán, la entrada y trágica salida de esta capital azteca, la toma de la ciudad tras prolongado sitio, la expedición a las Hibueras, la población de los territorios del interior... Por encima de toda preocupación existe la de sostener sus armas, su casa y caballos para poder estar presentes allí donde el servicio de Su Majestad lo reclame. La misma necesidad militar es la que crea los primeros caminos, correos, la habilitación de los puertos, las primeras líneas comerciales con Cuba, Santo Domingo y aún Castilla, que luego habían de consolidarse y perfeccionarse.

Digna de ser notada es la voluntad firme de establecerse en el país, expresión vigorosa de una voluntad colonizadora, fundamento del éxito de la obra hispánica en América. Cuando el territorio está aún estremecido por el eco de pavorosas batallas, cuando apenas si las huestes de Cortés tienen en su poder la capital del Imperio azteca, y el camino de ella a Veracruz gracias a su alianza con los tlaxaclatecas, los conquistadores se apresuran a traer de lejanas tierras a sus familias, a casar apresuradamente a las viudas, a originar una descendencia tan prolífica como la que en sus memoriales hace gala Orduña "el viejo". Esta vigorosa decisión de ocupar inmediatamente territorio y colonizarlo, es el índice del establecimiento de una nueva vida e incluso de una nueva patria, pues los descendientes de las casas solares establecidas de una buena vez y para siempre en tierra mexicana se denominan, apenas veinte años después de la conquista, en documentos que reflejan la vida de la época, mexicanos.

Estos primeros conquistadores, excepto los primates, no fueron muy afortunados. Pronto establecieron el régimen de encomiendas "dadas a la buena boca de don Hernando", como

decía Fray Juan de Zumárraga. Careciendo de elementos para llevar a cabo una explotación racional de las riquezas naturales, vivieron casi exclusivamente del trabajo de sus encomendados, estando al mismo tiempo pendiente de las empresas militares. Pronto llegaron a Nueva España gentes con propósitos y planes colonizadores y éstas levantaron los provechos materiales de la conquista. En pocos años los primeros conquistadores resultaban extraños al ambiente de la recién formada colonia, que vivían de corregimientos otorgados por los gobernantes, especie de retiros honorables concedidos a sus esforzados servicios. Su época había pasado ya.

Los vascos, algunos cuyos nombres quedan recogidos en la anterior relación, estaban en general considerados en el ejército de Hernán Cortés como buenos combatientes, abundando las referencias a su tenacidad y valor personal. Pero en lo que respecta al pueblo vasco, a los vizcaínos, como entonces se decía, merecían de sus contemporáneos castellanos y de otros pueblos de España un concepto curioso, del que existe una anécdota tan significativa como la batalla entre don Quijote y el hidalgo vizcaíno.

Diego Velázquez, gobernador de Cuba, a la vista de que Cortés desconocía con justo motivo su vacilante autoridad, envió una armada al mando de Pánfilo de Narváez, para obligar al extremeño indisciplinado a que regrese a Cuba. Por aquel entonces Cortés se encontraba en la ciudad de Tenochtitlán, y Moctezuma estaba prisionero de los españoles en un palacio que se levantaba en el lugar hoy ocupado por el Nacional Monte de Piedad. Moctezuma tuvo conocimiento de la llegada de Narváez antes que Cortés, gracias al sistema ingenioso de rápidos correos con que contaba el Imperio azteca. Su sorpresa no tuvo límites al enterarse de que unos semidioses venían a luchar contra súbditos de un mismo señor y adoradores del mismo Dios. Dice el historiador:

"Estando platicando Cortés y el Gran Moctezuma como lo tenían por costumbre, dijo Moctezuma a Cortés: señor Malinche, a todos vuestros capitanes y soldados os veo andar desasosegados y también he visto que no me visitáis de cuando en cuando. Orteguilla (el paje) dice que queréis ir sobre estos hermanos vuestros que vienen en los navíos y que queréis dejar aquí al thonathiu (Pedro de Alvarado). Dicen que sois (Cortés y sus soldados) gentes que vinisteis huyendo de vuestro Rey y os vienen a aprehender y matar. Yo no entiendo, por eso mirad lo que hacéis".

"Cortés respondió con amable alegría... que como nuestro Emperador tiene muchos reinos y señoríos, en ellos hay mucha diversidad de gentes, unas muy esforzadas y otras más, que nosotros somos de Castilla, que llaman Castilla la Vieja, y nos dicen Castellanos, y que aquél que ahora está en Cempoal (Pánfilo de Narváez) y la gente que trae es de otra provincia que llaman Vizcaya, y se llaman vizcaínos, que hablan como los otomíes en tierra de México y que él verá como los traemos presos..."

Naturalmente que este relato no tiene más importancia que la meramente anecdótica, pero muestra cómo veían entonces los españoles a los vascos y cómo creían que era gente poco devota a Castilla. Cuadro que por otra parte, con pinceladas más tenebrosas, lo vemos con frecuencia trazado por los viajeros extranjeros que estuvieron en el País Vasco a principios del siglo XVI²⁰.

20. Eneko de Mitxelena, op. cit.